



Universidad
Inca Garcilaso de la Vega
Nuevos Tiempos. Nuevas Ideas

Inca Garcilaso de la Vega

COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS

TEXTOS SELECCIONADOS

 Fondo
EDITORIAL
Universidad **Inca Garcilaso de la Vega**

Inca Garcilaso de la Vega

**COMENTARIOS REALES
DE LOS INCAS**

TEXTOS SELECCIONADOS

Inca Garcilaso de la Vega

COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS

TEXTOS SELECCIONADOS

Prólogo, selección y biografía
EZEQUIEL VALENZUELA NOGUERA

 Fondo
EDITORIAL
Universidad **Inca Garcilaso de la Vega**

FICHA TÉCNICA

Título	: Comentarios Reales de los Incas Textos seleccionados
Autor	: Inca Garcilaso de la Vega
Serie	: Clásicos
Código	: CLA/001-2016
Editorial	: Fondo Editorial de la UIGV
Formato	: 140 mm x 220 mm 283 pp.
Impresión	: Offset y encuadernación en rústica
Soporte	: Cubierta : folcote calibre 14 Interiores : bond marfileño 75 g
Publicado	: Lima, Perú, Junio de 2016
Edición	: Primera
Tiraje	: 5000 ejemplares

Universidad Inca Garcilaso de la Vega

Rector: Luis Cervantes Liñán

Vicerrector Académico: Jorge Lazo Manrique

Vicerrector de Investigación y Posgrado: Juan Carlos Córdova Palacios

Jefe del Fondo Editorial: Fernando Hurtado Ganoza

© Universidad Inca Garcilaso de la Vega

Av. Arequipa 1841 - Lince

Telf.: 471-1919

Página Web: www.uigv.edu.pe

Fondo Editorial de la Universidad Inca Garcilaso de la Vega

Jr. Luis N. Sáenz 557 - Jesús María

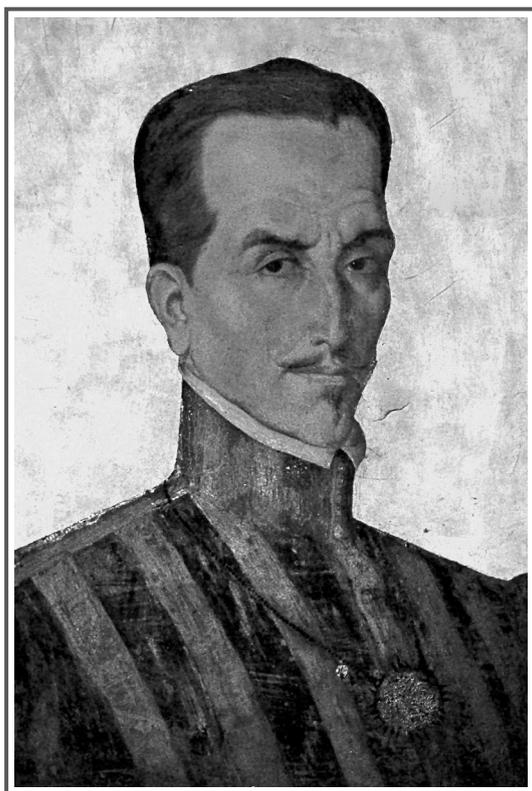
Telf.: 461-2745 | Anexos: 3712 - 3720

Correo electrónico: fondoeditorial@uigv.edu.pe

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio, sin autorización escrita de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2016-07274

ISBN: 978-612-4050-96-1



Inca Garcilaso de la Vega

ÍNDICE

Presentación	13
Prólogo.....	15
Biografía	19
Libro primero de los Comentarios Reales de los Incas	29
Capítulo IV : La deducción del nombre Perú.....	31
Capítulo VIII : La descripción del Perú.....	34
Capítulo X : De otra gran variedad de dioses que tuvieron	40
Capítulo XII : La vivienda y gobierno de los antiguos, y las cosas que comían	42
Capítulo XV : El origen de los Incas reyes del Perú	45
Capítulo XVI : La fundación del Cozco, ciudad imperial.....	50
Capítulo XX : Los pueblos que mandó poblar el primer Inca	53
Capítulo XXI : La enseñanza que el Inca hacía a sus vasallos	55
Libro segundo de los Comentarios Reales de los Incas	59
Capítulo II : Rastrearon los Incas al verdadero Dios nuestro Señor.....	61
Capítulo V : De otras muchas cosas que el nombre Huaca significa.....	65
Capítulo VIII : Las cosas que sacrificaban al Sol.....	69
Capítulo IX : Los sacerdotes, ritos y ceremonias y sus leyes atribuyen al primer Inca	72

Capítulo XI	: Dividieron el Imperio en cuatro distritos. Registraban los vasallos.....	74
Capítulo XIII:	De algunas leyes que los Incas tuvieron en su gobierno.....	76
Capítulo XXI	: Las ciencias que los Incas alcanzaron. Trátase primero de la Astrología	81
Capítulo XXIV	: La medicina que alcanzaron y la manera de curarse.....	84
Capítulo XXVII	: La poesía de los Incas amautas, que son filósofos, y harauicus, que son poetas.....	87
Libro tercero de los Comentarios Reales de los Incas.....		95
Capítulo VII	: Redúcense muchos pueblos, el Inca manda hacer una puente de mimbre	97
Capítulo XIII	: Por la costa de la mar reducen muchos valles. Castigan los sodomitas.....	101
Capítulo XX	: La descripción del Templo del Sol y sus grandes riquezas.....	104
Capítulo XXII	: Nombre del Sumo Sacerdote, y otras partes de la casa	107
Capítulo XXIII	: Los sitios para los sacrificios y el término donde se descalzaban para ir al templo. Las fuentes que tenían.....	110
Capítulo XXV	: Del famoso templo de Titicaca y de sus fábulas y alegorías	113
Libro cuarto de los Comentarios Reales de los Incas		117
Capítulo I	: La casa de las vírgenes dedicadas al Sol.....	119
Capítulo IV	: Que había otras muchas casas de escogidas. Compruébase la ley rigurosa	122
Capítulo VII	: De otras mujeres que guardaban virginidad y de las viudas	125
Capítulo IX	: Casaban al príncipe heredero con su propia hermana, y las razones que para ello daban.....	127
Capítulo XI	: El destetar, trasquilar y poner nombre a los niños.....	129
Capítulo XIX	: De algunas leyes que el rey Inca Roca hizo y las escuelas que fundó en el Cozco, y de algunos dichos que dijo	132

Libro quinto de los Comentarios Reales de los Incas	135
Capítulo I : Como acrecentaban y repartían las tierras a los vasallos	137
Capítulo II : El orden que tenían en labrar las tierras; la fiesta con que labraban las del Inca y las del Sol	140
Capítulo III : La cantidad de tierra que daban a cada indio, y cómo la beneficiaban	144
Capítulo IX : Daban de vestir a los vasallos. No hubo pobres mendigantes.....	148
Capítulo XI : Leyes y ordenanzas de los Incas para el beneficio de los vasallos....	152
Capítulo XVI : Orden y razón para cobrar los tributos. El Inca hacía merced a los curacas de las cosas preciadas que le presentaban.....	156
Capítulo XXI : Del nombre Viracocha y por qué se lo dieron a los españoles	159
Libro sexto de los Comentarios Reales de los Incas	163
Capítulo I : La fábrica y ornamento de las casas reales	165
Capítulo V : Cómo enterraban los reyes. Duraban las obsequias un año.....	168
Capítulo VIII : Contaban por hilos y nudos; había gran fidelidad en los contadores.....	171
Capítulo XII : Edificios y leyes y nuevas conquistas que el Inca Pachacútec hizo.....	174
Capítulo XX : La fiesta principal del Sol y cómo se preparaban para ella	177
Capítulo XXIV : Armaban caballeros a los Incas, y como los examinaban.....	181
Capítulo XXVII : El Inca daba la principal insignia y un pariente las demás	184
Capítulo XXXV : Aumentó las escuelas, hizo leyes para el buen gobierno	188
Capítulo XXXVI : Otras muchas leyes del Inca Pachacútec y sus dichos sentenciosos	192
Libro séptimo de los Comentarios Reales de los Incas.....	197
Capítulo I : Los Incas hacían colonias; tuvieron dos lenguajes.....	199

Capítulo III	: De la lengua cortesana.....	204
Capítulo VIII	: La descripción de la imperial ciudad del Cozco.....	209
Capítulo X	: El sitio de las escuelas y el de tres casas reales y el de las escogidas.....	215
Capítulo XXVII	: La fortaleza del Cozco; el grandor de sus piedras.....	219
Capítulo XXIX	: Tres torreones, los maestros mayores y la piedra cansada.....	223
Libro octavo de los Comentarios Reales de los Incas	229
Capítulo IX	: Del maíz y lo que llaman arroz, y de otras semillas.....	231
Capítulo X	: De las legumbres que se crían debajo de tierra.....	235
Capítulo XV	: De la preciada hoja llamada cuca y del tabaco.....	237
Capítulo XVI	: Del ganado manso y la recuas que de él había.....	242
Capítulo XXII	: De cuatro ríos famosos y del pescado que en los del Perú se cría.....	248
Capítulo XXIV	: Del oro y plata.....	253
Capítulo XXV	: Del azogue, y cómo fundían el metal antes de él.....	257
Libro nono de los Comentarios Reales de los Incas	261
Capítulo X	: Lo que Huayna Cápac dijo acerca del Sol.....	263
Capítulo XIII	: Dos caminos famosos que hubo en el Perú.....	266
Capítulo XV	: Testamento y muerte de Huayna Cápac, y el pronóstico de la ida de los españoles.....	271
Capítulo XXIV	: Del trigo.....	275
Capítulo XXV	: De la vid, y del primero que hizo vino en el Cozco.....	277
Capítulo XXVII	: Del olivo y quien lo llevó al Perú.....	279
Capítulo XXXI	: Nombres nuevos para nombrar diversas generaciones.....	281

PRESENTACIÓN

El Inca Garcilaso de la Vega, epónimo de nuestra institución universitaria, falleció el 23 de abril de 1616 en Córdoba. Se ha cumplido 400 años de su desaparición física, y la Universidad Inca Garcilaso de la Vega que está cumpliendo 51 años de denodado esfuerzo en un trabajo permanente de mejorar la calidad educativa, está presta a conmemorar el cuarto centenario del deceso de nuestro más insigne historiador, con la publicación de una selecta antología de los *Comentarios Reales de los Incas*.

El autor estructura los *Comentarios Reales de los Incas*, como una obra dirigida a todos. El libro contiene una gran cantidad de lecciones que lo hacen magistral. Se pueden encontrar ejemplos de heroísmo, de virtud y del amor a la tierra y sus semejantes. Garcilaso se convierte en un amauta al escribir su valiosísima obra, constituyéndose por ello en un ejemplo de enseñanza. Es un transmisor del saber que evoca y narra la historia precedente a la conquista, basado en los relatos orales de sus antepasados, los cuales preservó gracias a su extraordinaria memoria.

Los *Comentarios Reales de los Incas*, libro de valor supremo, es fundamentalmente una obra axiológica llena de atributos que favorece la riqueza de espíritu, y nos invita a reflexionar sobre el gran legado de nuestros antepasados. Garcilaso el amauta de los *Comentarios Reales*, escribe su famosa obra con claridad magistral. Nos enseña a conocer y amar nuestro pasado lleno de grandezas. Es un pintor de la naturaleza, porque describe de forma extraordinaria nuestra vasta geografía, su superficie diver-

sa, así como su rica biodiversidad. En su obra está presente con singular profundidad el tema de la patria, cuya carga sentimental es intensa y determinante.

En el Libro I, capítulo XIX, Garcilaso señala: «Yo nací ocho años después que los españoles ganaron mi tierra y, como lo he dicho, me crié en ella hasta los veinte años, y así vi muchas cosas de las que hacían los indios en aquella su gentilidad, las cuales contaré diciendo que los vi. Sin la relación que mis parientes me dieron de las cosas dichas y sin lo que yo vi, ha habido otras muchas relaciones de las conquistas y hechos de aquellos reyes. Porque luego me propuse escribir esta historia». En esta obra está reunida la esencia del arte y la historia del Cusco.

El Fondo Editorial de nuestra casa de estudios apuesta por la cultura del país, y el presente trabajo es indudablemente un fruto institucional más. Es por eso que la Universidad Inca Garcilaso de la Vega que me honro en dirigir, pone a vuestra disposición este tesoro bibliográfico, cuya única intención es difundir el conocimiento impregnado en las páginas inmortales de los *Comentarios Reales de los Incas*. Vale el esfuerzo.

Dr. Luis Cervantes Liñán
Rector
Universidad Inca Garcilaso de la Vega

PRÓLOGO

La celebración de los 400 años del deceso de nuestro insigne cronista cusqueño, el Inca Garcilaso de la Vega, nos brinda la ocasión perfecta para presentar una antología selecta de su obra monumental, los *Comentarios Reales de los Incas*. El mestizaje aflora en las páginas de su obra, como mestizo es él, honrándose con ello.

La Universidad Inca Garcilaso de la Vega vía la autoridad rectoral del Dr. Luis Cervantes Liñán, ha puesto énfasis y especial empeño en esta conmemoración garcilasista. El Fondo Editorial está cumpliendo una exitosa labor en esta tarea. Para esta casa de estudios es un deber y una obligación imperante, de organizar y participar activamente en esta efemérides de connotación internacional.

En los *Comentarios Reales*, narra en su condición de mestizo el estado de cosas en que se desenvolvía las dos culturas contradictorias en su ser. No se cansa de elogiar la majestuosidad del paisaje andino, así como del respeto de la usanza inca e ibérica. Se llena de alegría con los relatos que escucha de sus parientes maternos sobre los mitos y leyendas de su pueblo. Su juventud transcurre mezclada entre las ceremonias jubilosas incas, y el olor a los caballos, pólvora y arcabuces.

El Inca Garcilaso de la Vega, el Amauta de la historia inca, constituye un patrimonio cultural de mucha significación, no solo para el Perú, sino para el mundo entero. Elogiamos la grandeza de su visión como abanderado de una nación como

la incaica que fue cuna de la civilización americana en el lapso de los siglos XV y XVI, y que fue avasallada por la intrusión de la cultura occidental convirtiéndonos en colonia. Por ello, es justo elogiar en su real dimensión a los *Comentarios Reales*, que es la obra representativa del Inca. Utilizando el buen recuerdo, relata de modo magistral los orígenes de la nación inca, sus mitos, leyendas y costumbres.

La fuente principal y directa que utilizó nuestro ilustre mestizo para narrar magistralmente los acontecimientos ocurridos en tiempos del incanato, son los recuerdos y la excepcional memoria de lo que pudo ver y oír en sus años vivenciales en el Cusco, otorgándole una extraordinaria capacidad para situarnos más cerca a los hechos desde una perspectiva histórica. Como afirma Garcilaso en los *Comentarios Reales*, contará la historia de sus ancestros tal como lo percibió: «lo que en mis niñeces oí muchas veces a mi madre, y a sus hermanos y tíos, y a otros sus mayores». Esa visión lo acompañará siempre en su memoria, grabándolo en el recuerdo imperecedero.

Los *Comentarios Reales*, viene a ser la simbiosis de lo hispano con lo andino, constituyéndose en el más hermoso relato narrado del legendario Estado incaico. Asimismo, es la entraña del sentimiento peruano, el ritmo cadencioso de la vida aborigen, es el aire pastoral que palpita en sus páginas, y es el colectivismo agrario que se hace con alegría, que lamentablemente acaba en una desgarradora tragedia. Consecuentemente, en el tiempo y el espacio Garcilaso nos pertenece tanto en su esencia como en su presencia, así como en la trascendencia de su obra que perdura a través de los siglos.

Nuestro ilustre cusqueño y peruano universal, pertenece a la estirpe de los personajes más connotados del espectro histórico-literario. Garcilaso de la Vega, el Inca, fue vida, obra, mensaje, discusión, apasionamiento de quienes lo conocieron, y más aún, pluma cuyo estilo se discute y se comenta hasta nuestros días. De la obra del reconocido historiador cusqueño se han postulado

las más diversas opiniones, que en su mayoría son tendientes al elogio, el aplauso y el recuerdo. Otros tantos, los menos, lo ven de modo controversial.

La obra *Comentarios Reales de los Incas*, tiene en el fondo un singular propósito formativo. Sobresale con nitidez, la intencionalidad del Inca de enseñarnos el amor a la naturaleza, a la tierra, a la Pachamama, y de todo aquello que nos otorga vida. Su lectura entusiasma, porque a través de sus páginas en las cuales está inserta una rica mitología se descubre el origen del pueblo escogido, señalando con claridad que, desde el primer Inca, Manco Cápac, con su pareja divina, Mama Ocllo; se dedicaron a enseñar a los hombres el cultivo de la tierra, y a mejorar la calidad de vida de los pobladores en paz y comunidad.

Los *Comentarios Reales de los Incas*, es sin lugar a dudas la obra más importante del Perú y encierra en sus páginas la historia y cultura de una civilización grandiosa. Es la herramienta educativa que todo docente debe conocer y manejar para lograr mediante la praxis en su tarea formadora, la valoración del mensaje de los textos magistrales que su autor nos quiso heredar.

La grandeza de la obra de Garcilaso, radica en que su hispanismo estaba en función de la defensa del porvenir de sus hermanos indígenas, siendo esa la razón de ser de su obra, y para ello necesitaba «dar a conocer al universo nuestra Paria, gente y nación», como lo señala enfáticamente nuestro afamado cronista. Asimismo, fue enérgico, ante la actitud incomprensiva de los invasores occidentales al desconocer la grandiosidad de nuestra cultura: «los españoles como extranjeros no han hecho caso de semejantes grandezas... a sabiendas... han permitido que se pierdan todas». Con esta energía, será quien asegure la identidad histórica del Perú.

La obra del Inca Garcilaso de la Vega está estructurada en nueve libros, con un total de 262 capítulos. Para la presente

edición antológica se ha seleccionado lo más útil de las páginas invaluable de los *Comentarios Reales*; los más destacados, para los propósitos que se persigue. Para esta antología se ha tomado como base la nueva edición del Fondo Editorial de la Universidad Inca Garcilaso de la Vega, fechada en 2016, con prólogo de Ricardo González Vigil. Se ha mantenido el texto original.

Esta celebración de los cuatrocientos años del fallecimiento de nuestro genial historiador, nos ha dado la ocasión para exaltar la figura significativa de nuestro cronista mestizo, y el de valorar a los *Comentarios Reales*, como el fiel reflejo en la óptica de Garcilaso de lo que fue la ternura de la vivencia incaica en su más auténtico sentido. Nos ha legado a través de su obra, la virilidad de un pueblo en su tradición arrolladora llena de fuerza que ahora nos hace falta para salir del atraso en que nos encontramos. Nos hace sentir orgullosos de lo que ofreció al mundo entero sobre las bondades de nuestra cultura andina. Esta tierra que se llama Perú, no pertenece ni a una u otra corriente. Es de todos, simplemente hay que amarla y trabajar de modo indeseable para hacerla grande y próspera.

El día en que nosotros tengamos plena conciencia de la importancia de los *Comentarios Reales de los Incas*, nuestro país recién comenzará a llevar a la práctica los más altos valores de nuestro indigenismo e hispanismo. Que constituya un reto para todos, a fin de difundir a nuestro pensador, y convertirlo en un auténtico paradigma. A 400 años del deceso de nuestro epónimo, es ineludible edificar el mito del Inca Garcilaso de la Vega.

Ezequiel Valenzuela Noguera.

BIOGRAFÍA

El Inca Garcilaso de la Vega nace el 12 de abril de 1539 en el Cusco. Testigo privilegiado que supo registrar los hechos sucedidos en el siglo XVI, recogiendo versiones directas de los invasores españoles, como de la nación vencida. Fue un auténtico peruano que aceptó con orgullo su condición de mestizo.

Sus padres fueron el capitán español Sebastián Garcilaso de la Vega y la palla o princesa inca Chimpú Ocllo. Fue bautizado como Gómez Suárez de Figueroa, nombre tomado de sus antepasados paternos, que lo llevó hasta 1563. De su padre hereda la garra del soldado español, y de una esmerada educación que supo recibir. Su árbol genealógico cuenta con distinguidos antepasados por las dos vertientes. Por el lado paterno estuvo estrechamente relacionado con el Marqués de Santillana, y los reconocidos poetas Garcilaso de la Vega y Jorge Manrique, autor de *Coplas a la muerte de su padre*. Por el lado materno fue descendiente directo de Túpac Inca Yupanqui y Huayna Cápac, y sobrino de Huáscar y Atahualpa.

Su infancia la pasó en el Cusco, vinculándose directamente con las dos civilizaciones. Su madre bautizada con el nombre de Isabel, le supo enseñar el idioma de los incas, permitiéndole el acceso al mundo íntimo de la nobleza cusqueña, frecuentando de modo permanente a su tío Cusi Huallpa, aprendiendo de esa manera la riqueza del mundo incaico. De otro lado, su padre, quien pese a vivir entre escaramuzas militares, procuró darle al hijo mestizo una buena educación con buenos maestros, dejando la responsabilidad al fiel ayo Juan de Alcobaza.

En su niñez pasó buen tiempo en casa de su padre, viendo desfilar a los protagonistas de las guerras civiles que ensangrentaron a la nación. Todo ello guardó en su memoria, que le serviría mas adelante al escribir sus crónicas. Asimismo, vio las momias de sus antepasados embalsamados, como también los tesoros escondidos en la Fortaleza de Sacsayhuaman. Fue testigo también de los sufrimientos de su padre ante las asonadas y rebeliones constantes de los encomenderos ante la Corona española.

El año 1549 marcaría profundamente su estado emocional al producirse la separación de sus padres. El capitán Sebastián Garcilaso contrae matrimonio con una jovencita de nombre Luisa Martel de los Ríos. De igual modo su madre Isabel Chimpu Ocllo contrae nupcias con Juan del Pedroche. Pese a su corta edad, pudo tomar conciencia de su condición de hijo ilegítimo. A raíz de este suceso, Garcilaso pasa a vivir en el seno familiar de su madre, pero no alejándose del todo de su padre a quien le serviría de escribiente años después.

Seguía teniendo como tutor al canónigo Juan de Cuéllar, quien siempre avizó en el tierno mestizo grandezas a futuro por sus destacadas cualidades. No se equivocaría el maestro, ya que Garcilaso sería un grande. El Cusco y su familia no escatimaban en darle los afectos necesarios. Nunca se llegó a sentir, ni español ni indio.

En este estado de cosas, con dos culturas contradictorias en su ser, no se cansaba de elogiar la majestuosidad del paisaje andino, así como del respeto de la usanza inca e ibérica. Se llenaba de alegría con los relatos que escuchaba de sus parientes maternos sobre los mitos y leyendas de sus pueblos. Su juventud transcurrir mezclada entre las ceremonias jubilosas incas, y el olor a los caballos, pólvora y arcabuces. Le era grato también escuchar los relatos de la Sevilla morisca con sus hechos apasionantes.

El joven Garcilaso le tocó vivir entre sangrientas guerras que se desataban entre los mismos españoles, y entre los sobrevivientes

incas contra los invasores europeos. Fue testigo directo de cómo se destruía la civilización inca.

Garcilaso seguía apoyando a su padre como secretario o redactor de las misivas que hacía en su condición de corregidor de Justicia Mayor del Cusco que ostentaba su progenitor. Garcilaso señala con toda claridad que, «servía a mi padre de escribiente en todas las cartas que escribía a diversas partes de aquel Imperio». Esta referencia está consignada en la segunda parte de los Comentarios Reales, libro octavo, capítulo VI.

El año 1557 suceden dos hechos que afectarían de distinto modo en el alma del joven mestizo. Por un lado, nace su hermana Blanca de Sotomayor, producto de la relación entre su padre y Luisa Martel. De otro lado, el Inca Sayri Túpac se somete voluntariamente a la autoridad del virrey Andrés Hurtado de Mendoza, decepcionándolo profundamente. A ello, exclama: ¡Más le hubiera valido ser Inca de veras y nacer un siglo antes!

El año 1559 es irreparable para Garcilaso, fallece su padre el capitán Sebastián Garcilaso en el Cusco, habiendo dejado anteladamente y a voluntad propia un testamento con la cantidad de cuatro mil pesos, para que le sirva en sus estudios en la península «porque así es mi voluntad por el amor que le tengo, por ser como es hijo natural y por tal le nombro y declaro». En verdad, el padre de Garcilaso llevaba años de agonía merced a una penosa enfermedad.

Antes de cumplir con el deseo de su padre y partir a España en enero de 1560, el cronista Polo de Ondegardo le hizo un gran gesto de cortesía al mostrarle los restos momificados de tres grandes emperadores incas: Huayna Cápac, Túpac Inca Yupanqui y Wiracocha. La escena lo ha de impresionar profundamente y nunca la olvidará.

El recorrido de Garcilaso entre el Cusco y el Callao duraría un mes y medio. Pasó primero por las pampas de Anta, cruza el río

Apurímac y los Andes de modo definitivo. Camino a Lima puede deleitarse viendo los templos ubicados en Pachacámac. Llegado a la capital se detiene unos días, y se da tiempo para cautivarse con la Plaza Mayor de estilo renacentista. Parte al Callao, en donde antes de embarcarse vende su caballo que lo había acompañado en su travesía, y se enrumba a Panamá siguiendo el Caribe. Llega a Cartagena, La Habana, y luego de un largo viaje llega a Lisboa.

De Portugal parte a España, conociendo la primera ciudad española: Sevilla, de donde partiría luego a la villa de Montilla, que estaba ubicada en la cercanía de Córdoba. Estando allí aprovecha para visitar a sus tíos paternos, el capitán Alonso de Vargas y su esposa Luisa Ponce de León, que lo recibieron con gran afecto. En Montilla radicaría Garcilaso por espacio de treinta años, hasta el año 1591. Lo primero que hizo fue adaptarse al medio y a la nueva familia, para luego ponerse a estudiar tal como fue el deseo de su padre.

El interés supremo de Garcilaso estando en España, era buscar el reconocimiento oficial por parte de las autoridades españolas, de los servicios prestados por su padre en América, y de las mercedes que le correspondían. Se traslada a Madrid para hacer los trámites correspondientes entre los años de 1562 y 1563. Sus esfuerzos fueron vanos, no pudiendo conseguir las rentas que esperaba. El Consejo de Indias fue lapidario al afirmar que el capitán Sebastián Garcilaso había traicionado a la Corona. Decepcionado, pensó en algún momento regresar derrotado al Perú. A partir de ese hecho, la situación de Garcilaso fue incierta ante la representatividad española, resignándose a retornar a Montilla bajo el amparo de su tío Alonso de Vargas.

El año 1563 sería decisivo para nuestro insigne cronista. Ya no sería más Gómez Suárez de Figueroa, sino Garcilaso de la Vega, como el nombre de su padre. Con el nuevo nombre, que siempre le ha correspondido, le permitirá tener en adelante mayores roces sociales y mejores amistades.

En 1564 se alistó en el ejército como soldado en las guarniciones de Navarra por breve tiempo. En los años venideros se dedica con intensidad a leer a los clásicos, sobre todo a Dante, poetas italianos y misioneros laicos. En 1569 interviene militarmente en la campaña de Las Alpujarras con el grado de capitán contra la rebelión de los moriscos. El escenario fue muy sangriento, terminando con la expulsión definitiva de los moriscos. Decepcionado, se retira de la vida militar para dedicarse a los quehaceres literarios. De vuelta a Montilla asiste a los funerales de su tío y protector Alonso de Vargas en un paréntesis de la campaña militar. Don Alonso dejó sus bienes a su viuda dona Luisa Ponce de León. A la muerte de ella, deberá pasar a su hermana Isabel de Vargas, y finalmente al sobrino Garcilaso. Desde entonces se dedicará con fuerza al mundo de las lecturas y a la crianza de caballos. La villa montillana seguirá siendo su lugar de residencia. 1570 va a significar no solo un año doloroso para Garcilaso por la pérdida de su tío, sino un año trágico por los acontecimientos en las batallas de Las Alpujarras, que lo marcará en gran medida.

Los años posteriores debieron ser los más penosos y tristes en la vida del ilustre mestizo. Su tía Luisa Ponce de León se va a distanciar de Garcilaso, siendo el trato no del todo cordial. Pero, con lo dejado por el tío, su situación económica va a ser estable, permitiéndole formarse humanísticamente. Lee con acuciosidad el Tratado de literatura española de Nebrija. Estando en Sevilla en 1571, solicita y obtiene de la Santa Sede, la repatriación de los restos de su padre, dándole cristiana sepultura en la iglesia de San Isidro de Sevilla. Su natural devoción por la fe católica le permitió ser clérigo, trasladándose luego a casa del marqués de Priego como capellán. La nostalgia le invadía permanentemente, regocijándose tan solo con los recuerdos y la memoria.

Entre tanto en América, en territorio de lo que fue el Tahuantinsuyo, ocurrían cambios fundamentales. De los años tenebrosos y sangrientos de la llamada «Conquista», se pasa a una organización centralizada y estrictamente estatal del Virreynato. El virrey

Toledo, fue indudablemente un extraordinario estratega y gestor importante para los intereses de España, reprimiendo con sus ordenanzas a los incas de linaje que aún mantenían cierto liderazgo en las comunidades, como los rebeldes de Vilcabamba. Así también se encargó de ejecutar de la manera más cruel al último inca rebelde de Vilcabamba: Túpac Amaru. La persecución y el destierro contra los líderes indígenas estuvieron a la orden del día. En Europa, Garcilaso quedó retenido con sus añoranzas en España.

Una noticia conmovedora que recibió Garcilaso, acabó de manera radical en cortar todo lazo familiar con la tierra de sus antepasados incas. A fines de noviembre de 1571 fallece su madre Chimpu Ocllo en el Cusco, que en el documento testamentario aparece con el nombre de Isabel Suárez. Este hecho afectó enormemente a nuestro ilustre mestizo. Terminó para él, toda una vida que estaba íntimamente ligado a la historia incaica. Se refugia en Montilla, y evoca los recuerdos a la distancia. La casa señorial de Montilla le recordaría la casona cusqueña de su padre.

En 1586 fallece Luisa Ponce de León, esposa de su tío Alonso de Vargas, recibiendo parte de la herencia tal como fue el deseo de su tío en vida. Termina también en traducir *Diálogos de Amor de León Hebreo*, que es todo un tratado filosófico, consistente en tres largos diálogos sobre la naturaleza del amor. Firma por primera vez como Garcilaso Inca de la Vega, declarándose indígena. Esta obra aparece publicada en Madrid en 1590 con el título: *La traducción de los tres Diálogos de Amor de León Hebreo*. Esta obra le permitirá a Garcilaso sentirse más tranquilo, interesándose más en la meditación.

En 1591 se afina en la prestigiosa ciudad de Córdoba, con una tranquila situación económica y afianzado en su condición de escritor. Con la herencia recibida y la venta de unas casas puede disfrutar de cierta holgura económica. Por entonces se noticia el nacimiento de su hijo Diego de Vargas, producto de una relación

con su criada Beatriz de Vega. Se contactó con el renombrado poeta Luis de Góngora, teniendo un mayor acercamiento con los intelectuales de la época. Logra realizar la empresa literaria de contar la historia expedicionaria de Hernando de Soto a La Florida, dedicado a un pariente suyo, Garcé Pérez de Vargas. Con algunos capítulos desglosados, forman la *Relación de la descendencia del famoso Garcé Pérez de Vargas*, con algunos pasos de historia dignos de memoria, fechado en Córdoba años después.

Siempre estuvo en la mente de Garcilaso escribir la historia de La Florida. Su encuentro con el viejo soldado Gonzalo Silvestre años atrás, le servirá de sobremanera para escuchar con atención los dramáticos relatos de tantas batallas, y de este modo tener los datos necesarios para *La Florida del Inca*. Achacoso por las heridas profundas y la edad, muere el veterano soldado en 1592. Lo afirmado por Silvestre le fue de mucha utilidad, ya que Garcilaso no había estado en La Florida. En 1605 vio impresa *La Florida del Inca*. En dicha obra relata las desventuras de los personajes en contiendas bélicas. La narración describe los estertores de las guerras, idealizadas a modo de aventura. Propiamente relata la expedición de Hernando de Soto a la península de La Florida en Norteamérica.

En 1596 aparece con fecha de 5 de mayo *La Relación de la descendencia de Garcé Pérez de Vargas*, como un anticipo de los comentarios sobre la historia del Perú. En carta dirigida al rey de España el año 1598, le anuncia la pronta aparición de una gran obra sobre la historia de los incas, dándose a conocer las bondades de su cultura en cuanto a sus costumbres, ritos, ceremonias y leyendas, en clara referencia a lo que sería más adelante los *Comentarios Reales*. Su vivencia en el Cusco le servirá como fuente de primera mano. Escribirá todo lo que vio y oyó, unido a su capacidad de animación descriptiva. «Diré de los Incas lo que a mi madre y a sus tíos y parientes ancianos y a todas las demás gentes de la patria les oí y lo que yo de aquella antigüedad alcancé a ver».

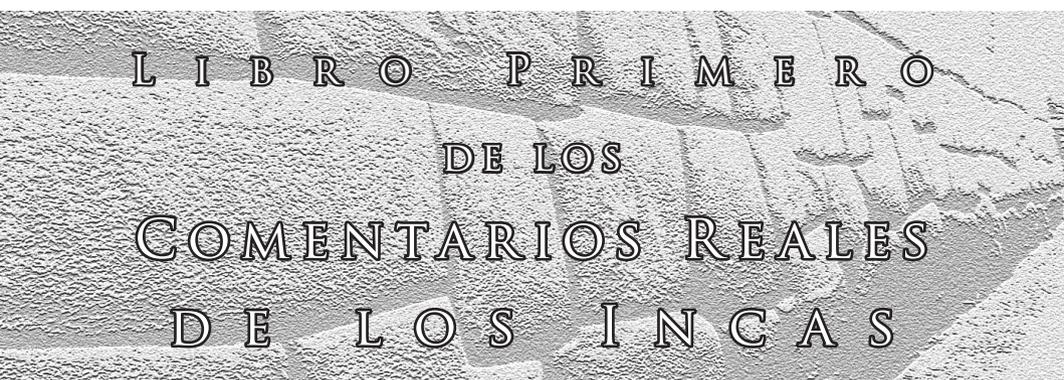
En 1604, Garcilaso termina de escribir los *Comentarios Reales*, obra maestra de un trabajo de casi cuarenta años. Un ejemplar es enviado a Lisboa. *La Florida del Inca* aparece en 1605. También aparece *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* del inmortal Cervantes. Garcilaso gana fama, siendo reconocido en el mundo intelectual de las letras por su elegante literatura. La obra monumental es escrita por un Garcilaso bordeando los sesenta años. En 1609 se edita formalmente los *Comentarios Reales* en Lisboa, apareciendo en la portada el Escudo de Armas de Garcilaso. Aparecen ahí las armas españolas a la derecha y, a la izquierda, el sol, la luna y el llautu de los incas, ambos encerrados en la frase, «Con la espada y con la pluma». Es el lema que nuestro connotado cronista ha encarnado como resumen de toda su vida.

En 1613 se aprueba la impresión de la segunda parte de los *Comentarios Reales*. Es lo contrario a la primera parte. Es la descripción detallada de la llamada «conquista» del Perú, teniendo a su padre el capitán como uno de los protagonistas, y las guerras civiles entre pizarristas y almagristas. Esta obra servirá para glorificar la estirpe paterna y los ultrajes a la memoria de su progenitor. El 23 de octubre Garcilaso firmó contrato con el impresor Francisco Romero, pero el libro aparecerá póstumamente años después, en 1617, después de la muerte del insigne historiador.

Enfermo y decaído, con la idea de la muerte que lo había perseguido desde años atrás, alcanza a cumplir a duras penas 77 años de edad. Días después dicta su disposición testamentaria que no la pudo firmar. Coinciden la mayoría de estudiosos que Garcilaso falleció el 23 de abril de 1616 en Córdoba. Dejó para la posteridad un grandioso inventario de libros, entre ellos, obras religiosas, textos de autores griegos y romanos, como también obras de autores españoles.

Horas aciagas para la literatura universal, y con alguna diferencia de horas, se lamentaría también la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra y William Shakespeare. Sobre la tumba

de Garcilaso en Córdoba, fue inscrito el epitafio que él mismo redactara: «El Inca Garcilaso de la Vega, varón insigne, digno de perpetua memoria, ilustre en sangre, perito en letras, valiente en armas, hijo de Garcilaso de la Vega, de las casas ducales de Feria e Infantado, y de Elizabeth Palla, hermana de Huayna Cápac, último Emperador de Indias. Comentó *La Florida*, tradujo a León Hebreo y compuso los *Comentarios Reales*».



LIBRO PRIMERO
DE LOS
COMENTARIOS REALES
DE LOS INCAS

CAPÍTULO IV

La deducción del nombre Perú¹

Pues hemos de tratar del Perú, será bien digamos aquí cómo se dedujo este nombre, no lo teniendo los indios en su lenguaje; para lo cual es de saber que, habiendo descubierto la Mar del Sur Vasco Núñez de Balboa, caballero natural de Jerez de Badajoz, año de mil y quinientos y trece, que fue el primer español que la descubrió y vio, y habiéndole dado los Reyes Católicos título de Adelantado de aquella mar con la conquista y gobierno de los reinos que por ella descubriese, en los pocos años que después de esta merced vivió (hasta que su propio suegro, el gobernador Pedro Arias de Ávila, en lugar de muchas mercedes que había merecido y se le debían por sus hazañas, le cortó la cabeza) tuvo este caballero cuidado de descubrir y saber qué tierra era y cómo se llamaba la que corre de Panamá adelante hacia el sur. Para este efecto hizo tres o cuatro navíos, los cuales mientras él aderezaba las cosas necesarias para su descubrimiento y conquista, enviaba cada uno de por sí en diversos tiempos del año a descubrir aquella costa. Los navíos, habiendo hecho las diligencias que podían, volvían con la relación de muchas tierras que hay por aquella ribera.

1 En su primera obra, la traducción de los *Diálogos de Amor* de León Hebreo (Madrid, 1590), el Inca usa la forma «Pirú». En sus anotaciones manuscritas a la *Historia* de Gómara aparecen indistintamente las dos formas. En una de sus cartas al Licenciado Juan Fernández Franco, de 20 de mayo de 1593, Garcilaso escribe «Perú»; y por lo menos desde entonces se resuelve definitivamente por esta forma, por razones fonéticas y (en su concepto) etimológicas. Por lo demás, el presente capítulo de los *Comentarios* formaba parte inicialmente del borrador de *La Florida*. De allí lo extrajo Garcilaso en 1602, para incorporarlo a los *Comentarios Reales*, cuya redacción se hallaba ya muy avanzada y que consideró su lugar propio (Fl. Libro VI, cap. 15).

Un navío de estos subió más que los otros y pasó la línea equinoccial a la parte del sur, y cerca de ella, navegando costa a costa, como se navegaba entonces por aquel viaje, vio un indio que a la boca de un río, de muchos que por toda aquella tierra entran en la mar, estaba pescando. Los españoles del navío, con todo el recato posible, echaron en tierra, lejos de donde el indio estaba, cuatro españoles, grandes corredores y nadadores, para que no se les fuese por tierra ni por agua. Hecha esta diligencia, pasaron con el navío por delante del indio, para que pusiese los ojos en él y se descuidase de la celada que le dejaban armada. El indio, viendo en la mar una cosa tan extraña, nunca jamás vista en aquella costa, como era navegar un navío a todas velas, se admiró grandemente y quedó pasmado y abobado, imaginando que pudiese ser aquello que en la mar veía delante de sí. Y tanto se embebeció y enajenó en este pensamiento, que primero lo tuvieron abrazado los que le iban a prender que él los sintiese llegar, y así lo llevaron al navío con mucha fiesta y regocijo de todos ellos.

Los españoles, habiéndole acariciado porque perdiese el miedo que de verlos con barbas y en diferente traje que el suyo había cobrado, le preguntaron por señas y por palabras qué tierra era aquella y cómo se llamaba. El indio, por los ademanes y meneos que con manos y rostro le hacían (como un mudo) entendía que le preguntaban, mas no entendía lo que le preguntaban, y a lo que entendió qué era el preguntarle, respondió a prisa (antes que le hiciesen algún mal) y nombró su propio nombre, diciendo Berú, y añadió otro y dijo Pelú. Quiso decir: «Si me preguntáis cómo me llamo, yo me digo Berú, y si me preguntáis dónde estaba, digo que estaba en el río». Porque es de saber que el nombre Pelú en el lenguaje de aquella provincia es nombre apelativo y significa río en común, como luego veremos en un autor grave. A otra semejante pregunta respondió el indio de nuestra Historia de la Florida con el nombre de su amo, diciendo Brezos y Bredos (Libro sexto, capítulo quince), donde yo había puesto este paso a propósito del otro; de allí lo quité por ponerlo ahora en su lugar.

Los cristianos entendieron conforme a su deseo, imaginando que el indio les había entendido y respondido a propósito, como si él y ellos hubieran hablado en castellano, y desde aquel tiempo, que fue el año de mil quinientos y quince o diez y seis, llamaron Perú a aquel riquísimo y grande Imperio, corrompiendo ambos nombres, como corrompen los españoles casi todos los vocablos que toman del lenguaje de los indios de aquella tierra, porque si tomaron el nombre del indio, Berú, trocaron la *b* por la *p* y si el nombre *Pelú*, que significa río, trocaron la *l* por la *r*; y de la una manera o de la otra dijeron Perú. Otros, que presumen de más repulidos y son los más modernos, corrompen dos letras y en sus historias dicen Pirú. Los historiadores más antiguos, como son Pedro de Cieza de León y el contador Agustín de Zárate y Francisco López de Gómara y Diego Fernández, natural de Palencia, y aun el muy reverendo Padre Fray Jerónimo Román, con ser de los modernos todos le llaman Perú y no Pirú. Y como aquel paraje donde esto sucedió acertase a ser término de la tierra que los reyes Incas tenían por aquella parte conquistada y sujeta a su Imperio, llamaron después Perú a todo lo que hay desde allí, que es el paraje de Quito hasta los Charcas, que fue lo más principal que ellos señorearon, y son más de setecientas leguas de largo, aunque su Imperio pasaba hasta Chile, que son otras quinientas leguas más adelante, y es otro muy rico y fertilísimo reino.

CAPÍTULO VIII

La descripción del Perú

Los cuatro términos que el Imperio de los Incas tenía cuando los españoles entraron en él son los siguientes. Al norte llegaba hasta el río Ancasmayu, que corre entre los confines de Quito y Pasto; quiere decir, en la lengua general del Perú, río azul; está debajo de la línea equinoccial, casi perpendicularmente. Al mediodía tenía por término al río llamado Maule, que corre este oeste pasado el reino de Chile, antes de llegar a los araucos, el cual está más de cuarenta grados de la equinoccial al sur. Entre estos dos ríos ponen pocos menos de mil y trecientas leguas de largo por tierra. Lo que llaman Perú tiene setecientas y cincuenta leguas de largo por tierra desde el río Ancasmayu hasta los Chichas, que es la última provincia de los Charcas, norte sur; y lo que llaman reino de Chile contiene cerca de quinientas y cincuenta leguas, también norte sur, contando desde lo último de la provincia de los Chichas hasta el río Maule.

Al levante tiene por término aquella nunca jamás pisada de hombres ni de animales ni de aves, inaccessible cordillera de nieves, que corre desde Santa Marta hasta el Estrecho de Magallanes, que los indios llaman Ritisuyu, que es banda de nieves. Al poniente confina con la Mar del Sur, que corre por toda su costa de largo a largo; empieza el término del Imperio por la costa desde el cabo de Pasau, por donde pasa la línea equinoccial,

hasta el dicho río Maule, que también entra en la Mar del Sur. Del levante al poniente es angosto todo aquel reino. Por lo más ancho, que es atravesando desde la provincia Moyobamba por los Chachapoyas, hasta la ciudad de Trujillo, que está a la costa de la mar, tiene ciento y veinte leguas de ancho, y por lo más angosto, que es desde el puerto de Arica a la provincia llamada Larecaja, tiene setenta leguas de ancho. Estos son los cuatro términos de lo que señorearon los reyes Incas, cuya historia pretendemos escribir mediante el favor divino.

Será bien, antes que pasemos adelante, digamos aquí el suceso de Pedro Serrano, que atrás propusimos, porque no esté lejos de su lugar y también porque este capítulo no sea tan corto. Pedro Serrano salió a nado a aquella isla desierta que antes de él no tenía nombre, la cual, como él decía, tenía dos leguas en contorno; casi lo mismo dice la carta de marear, porque pinta tres islas muy pequeñas, con muchos bajíos a la redonda, y la misma figura le da a la que llaman Serranilla, que son cinco isletas pequeñas con muchos más bajíos que la Serrana, y en todo aquel paraje los hay, por lo cual huyen los navíos de ellos, por no caer en peligro.

A Pedro Serrano le cupo en suerte perderse en ellos y llegar nadando a la isla, donde se halló desconsoladísimo, porque no halló en ella agua ni leña ni aun hierba que poder pacer, ni otra cosa alguna con que entretener la vida mientras pasase algún navío que de allí lo sacase, para que no pereciese de hambre y de sed, que le parecía muerte más cruel que haber muerto ahogado, porque es más breve. Así pasó la primera noche llorando su desventura, tan afligido como se puede imaginar que estaría un hombre puesto en tal extremo. Luego que amaneció, volvió a pasear la isla; halló algún marisco que salía de la mar, como son cangrejos, camarones y otras sabandijas, de las cuales cogió las que pudo y se las comió crudas, porque no había candela donde asarlas o cocerlas. Así se entretuvo hasta que vio salir tortugas; viéndolas lejos de la mar, arremetió con una de ellas y la volvió de espaldas; lo mismo hizo de todas las que pudo, que para

volverse a enderezar son torpes; y sacando un cuchillo que de ordinario solía traer en la cinta, que fue el medio para escapar de la muerte, la degolló y bebió la sangre en lugar de agua; lo mismo hizo de las demás; la carne puso al sol para comerla hecha tasajos y para desembarazar las conchas, para coger agua en ellas de la lloediza, porque toda aquella región, como es notorio, es muy lluviosa. De esta manera se sustentó los primeros días con matar todas las tortugas que podía, y algunas había tan grandes y mayores que las mayores adargas, y otras como rodelas y como broqueles, de manera que las había de todos tamaños. Con las muy grandes no se podía valer para volverlas de espaldas, porque le vencían de fuerzas, y aunque subía sobre ellas para cansarlas y sujetarlas, no le aprovechaba nada, porque con él a cuestas se iban a la mar, de manera que la experiencia le decía a cuáles tortugas había de acometer y a cuáles se había de rendir. En las conchas recogió mucha agua, porque algunas había que cabían a dos arrobas y de allí abajo.

Viéndose Pedro Serrano con bastante recaudo para comer y beber, le pareció que si pudiese sacar fuego para siquiera asar la comida y para hacer ahumadas cuando viese pasar algún navío, que no le faltaría nada. Con esta imaginación, como hombre que había andado por la mar, que cierto los tales en cualquiera trabajo hacen mucha ventaja a los demás, dio en buscar un par de guijarros que le sirviesen de pedernal, porque del cuchillo pensaba hacer eslabón, para lo cual, no hallándolos en la isla, porque toda ella estaba cubierta de arena muerta, entraba en la mar nadando y se zambullía, y en el suelo, con gran diligencia, buscaba ya en unas partes ya en otras, lo que pretendía; y tanto porfió en su trabajo, que halló guijarros y sacó los que pudo, y de ellos escogió los mejores, y quebrando los unos con los otros, para que tuviesen esquinas donde dar con el cuchillo, tentó su artificio, y viendo que sacaba fuego, hizo hilas de un pedazo de la camisa, muy desmenuzadas, que parecían algodón carmenado, que le sirvieron de yesca, y con su industria y buena maña, habiéndolo porfiado muchas veces, sacó fuego. Cuando se vio con él, se dio

por bienandante, y, para sustentarlo, recogió las horruras que la mar echaba en tierra, y por horas las recogía, donde hallaba mucha hierba que llaman ovas marinas y madera de navíos que por la mar se perdían y conchas y huesos de pescados y otras cosas con que alimentaba el fuego. Y para que los aguaceros no se lo apagasen hizo una choza de las mayores conchas que tenía de las tortugas que había muerto, y con grandísima vigilancia cebaba el fuego por que no se le fuese de las manos.

Dentro de dos meses, y aun antes, se vio como nació, porque, con las muchas aguas calor y humedad de la región, se le pudrió la poca ropa que tenía. El sol, con su gran calor, le fatigaba mucho, porque ni tenía ropa con que defenderse ni había sombra a que ponerse; cuando se veía muy fatigado se entraba en el agua para cubrirse con ella. Con este trabajo y cuidado vivió tres años, y en este tiempo vio pasar algunos navíos, mas aunque él hacía su ahumada, que en la mar es señal de gente perdida, no echaban de ver en ella, o por el temor de los bajíos no osaban llegar donde él estaba y se pasaban de largo, de lo cual Pedro Serrano quedaba tan desconsolado que tomara por partido el morir y acabar ya. Con las inclemencias del cielo le creció el vello de todo el cuerpo tan excesivamente que parecía pellejo de animal, y no cualquiera, sino el de un jabalí; el cabello y la barba le pasaba de la cinta.

Al cabo de los tres años, una tarde, sin pensarlo, vio Pedro Serrano un hombre en su isla, que la noche antes se había perdido en los bajíos de ella y se había sustentado en una tabla del navío y, como luego que amaneció viese el humo del fuego de Pedro Serrano, sospechando lo que fue, se había ido a él, ayudado de la tabla y de su buen nadar. Cuando se vieron ambos, no se puede certificar cuál quedó más asombrado de cuál. Serrano imaginó que era el demonio que venía en figura de hombre para tentarle en alguna desesperación. El huésped entendió que Serrano era el demonio en su propia figura, según lo vio cubierto de cabellos, barbas y pelaje. Cada uno huyó del otro, y Pedro Serrano fue diciendo: «¡Jesús, Jesús, líbrame, Señor, del demonio!» Oyendo

esto se aseguró el otro, y, volviendo a él, le dijo: «No huyáis, hermano, de mí, que soy cristiano como vos», y para que se certificase, porque todavía huía, dijo a voces el Credo, lo cual oído por Pedro Serrano volvió a él, y se abrazaron con grandísima ternura y muchas lágrimas y gemidos, viéndose ambos en una misma desventura, sin esperanza de salir de ella.

Cada uno de ellos brevemente contó al otro su vida pasada. Pedro Serrano, sospechando la necesidad del huésped, le dio de comer y de beber de lo que tenía, con que quedó algún tanto consolado, y hablaron de nuevo en su desventura. Acomodaron su vida como mejor supieron, repartiendo las horas del día y de la noche en sus menesteres de buscar marisco para comer y ovas y leña y huesos de pescado y cualquiera otra cosa que la mar echase para sustentar el fuego, y sobre todo la perpetua vigilia que sobre él habían de tener, velando por horas porque no se les apagase. Así vivieron algunos días, mas no pasaron muchos que no riñeron, y de manera que apartaron rancho, que no faltó sino llegar a las manos (por que se vea cuán grande es la miseria de nuestras pasiones). La causa de la pendencia fue decir el uno al otro que no cuidaba como convenía de lo que era menester; y este enojo y las palabras que con él se dijeron los descompusieron y apartaron. Mas ellos mismos, cayendo en su disparate, se pidieron perdón y se hicieron amigos y volvieron a su compañía, y en ella vivieron otros cuatro años. En este tiempo vieron pasar algunos navíos y hacían sus ahumadas, mas no les aprovechaba; de que ellos quedaban tan desconsolados que no les faltaba sino morir.

Al cabo de este largo tiempo, acertó a pasar un navío tan cerca de ellos que vio la ahumada y les echo el batel para recogerlos. Pedro Serrano y su compañero, que se había puesto de su mismo pelaje, viendo el batel cerca, porque los marineros que iban por ellos no entendiesen que eran demonios y huyesen de ellos, dieron en decir el Credo y llamar el nombre de Nuestro Redentor a voces, y valióles el aviso, que de otra manera sin duda huyeran los marineros, porque no tenían figura de hombres humanos. Así los

llevaron al navío, donde admiraron a cuantos los vieron y oyeron sus trabajos pasados. El compañero murió en la mar viniendo a España. Pedro Serrano llegó acá y pasó a Alemania, donde el Emperador estaba entonces: llevó su pelaje como lo traía, para que fuese prueba de su naufragio y de lo que en él había pasado. Por todos los pueblos que pasaba a la ida (si quisiera mostrarse) ganara muchos dineros. Algunos señores y caballeros principales, que gustaron de ver su figura, le dieron ayudas de costa para el camino, y la Majestad Imperial, habiéndole visto y oído, le hizo merced de cuatro mil pesos de renta, que son cuatro mil y ochocientos ducados en el Perú. Yendo a gozarlos, murió en Panamá, que no llegó a verlos.

Todo este cuento, como se ha dicho, contaba un caballero que se decía Garcí Sánchez de Figueroa, a quien yo se lo oí, que conoció a Pedro Serrano y certificaba que se lo había oído a él mismo, y que después de haber visto al Emperador se había quitado el cabello y la barba y dejándola poco más corta que hasta la cinta, y para dormir de noche se la entrenzaba, porque, no entrenzándola, se tendía por toda la cama y le estorbaba el sueño.

CAPÍTULO X

De otra gran variedad de dioses que tuvieron

Otros muchos indios hubo de diversas naciones, en aquella primera edad, que escogieron sus dioses con alguna más consideración que los pasados, porque adoraban algunas cosas de las cuales recibían algún provecho, como los que adoraban las fuentes caudalosas y ríos grandes, por decir que les daban agua para regar sus sementeras.

Otros adoraban la tierra y le llamaban Madre, porque les daba sus frutos; otros al aire por el respirar, porque decían que mediante él vivían los hombres; otros al fuego porque los calentaba y porque guisaban de comer con el; otros adoraban a un carnero por el mucho ganado que en sus tierras se criaba; otros a la cordillera grande de la Sierra Nevada, por su altura y admirable grandeza y por los muchos ríos que salen de ella para los riegos; otros al maíz o *zara*, como ellos le llaman, porque era el pan común de ellos; otros a otras mieses y legumbres, según que más abundantemente se daban en sus provincias.

Los de la costa de la mar, demás de otra infinidad de dioses que tuvieron o quizá los mismos que hemos dicho, adoraban en común a la mar y le llamaban Mamacocha, que quiere decir Madre Mar, dando a entender que con ellos hacía oficio de madre en sustentarles con su pescado. Adoraban también generalmente

a la ballena por su grandeza y monstruosidad. Sin esta común adoración que hacían en toda la costa, adoraban en diversas provincias y regiones al pescado que en más abundancia mataban en aquella tal región, porque decían que el primer pescado que estaba en el mundo alto (que así llaman al Cielo), del cual procedía todo el demás pescado de aquella especie de que se sustentaban, tenía cuidado de enviarles a sus tiempos abundancia de sus hijos para sustento de aquella tal nación; y por esta razón en unas provincias adoraban la sardina, porque mataban más cantidad de ella que de otro pescado, en otras la liza, en otras al tollo, en otras por su hermosura al dorado, en otras al cangrejo y al demás marisco, por la falta de otro mejor pescado, porque no lo había en aquella mar porque no lo sabían pescar y matar. En suma, adoraban y tenían por dios cualquiera otro pescado que les era de más provecho que los otros.

De manera que tenían por dioses no solamente los cuatro elementos, cada uno de por sí, mas también todos los compuestos y formados de ellos, por viles e inmundos que fuesen. Otras naciones hubo, como son los chirihuanas y los del cabo de Pasau (que de septentrión a mediodía son estas dos provincias los términos del Perú), que no tuvieron ni tienen inclinación de adorar cosa alguna baja ni alta, ni por el interés ni por miedo, sino que en todo vivían y viven hoy como bestias y peores, porque no llegó a ellos la doctrina y enseñanza de los reyes Incas.

CAPÍTULO XII

La vivienda y gobierno de los antiguos, y las cosas que comían

En la manera de sus habitaciones y pueblos tenían aquellos gentiles la misma barbariedad que en sus dioses y sacrificios. Los más políticos tenían sus pueblos poblados sin plaza ni orden de calles ni de casas, sino como un recogedero de bestias. Otros, por causa de las guerras que unos a otros se hacían poblaban en riscos y peñas altas, a manera de fortaleza, donde fuesen menos ofendidos de sus enemigos. Otros en chozas derramadas por los campos, valles y quebradas, cada uno como acertaba a tener la comodidad de su comida y morada. Otros vivían en cuevas debajo de tierra, en resquicios de peñas, en huecos de árboles, cada uno como acertaba a hallar hecha la casa, porque ellos no fueron para hacerla. Y de estos hay todavía algunos, como son los del cabo de Pasau y los chirihuanas y otras naciones que no conquistaron los reyes Incas los cuales se están hoy en aquella rusticidad antigua, y estos tales son los peores de reducir, así al servicio de los españoles como a la religión cristiana, que, como jamás tuvieron doctrina, son irracionales y apenas tienen lengua para entenderse unos con otros dentro en su misma nación, y así viven como animales de diferentes especies, sin juntarse ni comunicarse ni tratarse sino a sus solas.

En aquellos pueblos y habitaciones gobernaba el que se atrevía y tenía ánimo para mandar a los demás, y luego que señoreaba

trataba los vasallos con tiranía y crueldad, sirviéndose de ellos como de esclavos, usando de sus mujeres e hijas a toda su voluntad, haciéndose guerra unos a otros. En unas provincias desollaban los cautivos, y con los pellejos cubrían sus cajas de atambor para amedrentar sus enemigos, porque decían que, en oyendo los pellejos de sus parientes, luego huían. Vivían en latrocinios, robos, muertes, incendios de pueblos, y de esta manera se fueron haciendo muchos señores y reyecillos, entre los cuales hubo algunos buenos que trataban bien a los suyos y los mantenían en paz y justicia. A estos tales, por su bondad y nobleza, los indios con simplicidad los adoraron por dioses, viendo que eran diferentes y contrarios de la otra multitud de tiranos. En otras partes vivían sin señores que los mandasen ni gobernasen, ni ellos supieron hacer república de suyo para dar orden y concierto en su vivir: vivían como ovejas en toda simplicidad, sin hacerse mal ni bien, y esto era más por ignorancia y falta de malicia que por sobra de virtud.

En la manera de vestirse y cubrir sus carnes fueron en muchas provincias los indios tan simples y torpes que causa risa el traje de ellos. En otras fueron en su comer y manjares tan fieros y bárbaros que pone admiración tanta fiereza, y en otras muchas regiones muy largas tuvieron lo uno y lo otro juntamente. En las tierras calientes, por ser más fértiles, sembraban poco o nada, manteníanse de hierbas y raíces y fruta silvestre y otras legumbres que la tierra daba de suyo o con poco beneficio de los naturales, que, como todos ellos no pretendían más que el sustento de la vida natural, se contentaban con poco. En muchas provincias fueron amicísimos de carne humana, y tan golosos que antes que acabase de morir el indio que mataban le bebían la sangre por la herida que le habían dado, y lo mismo hacían cuando lo iban descuartizando, que chupaban la sangre y se lamían las manos porque no se perdiese gota de ella. Tuvieron carnicerías públicas de carne humana; de las tripas hacían morcillas y longanizas, hinchiéndolas de carne por no perderlas. Pedro de Cieza, capítulo veinte y seis, dice lo mismo y lo vio por sus ojos. Creció tanto esta pasión, que llegó a no perdonar los hijos propios habidos

en mujeres extranjeras: de las que cautivaban y prendían en las guerras, las cuales tomaban por mancebas, y los hijos que en ellas habían los criaban con mucho regalo hasta los doce o trece años, y luego se los comían, y a las madres tras ellos cuando ya no eran para parir. Hacían más, que a muchos indios de los que cautivaban les reservaban la vida y les daban mujeres de su nación quiero decir de la nación de los vencedores, y los hijos que habían los criaban como a los suyos y, viéndolos ya mozuelos, se los comían, de manera que hacían seminario de muchachos para comérselos, y no los perdonaban ni por el parentesco ni por la crianza, que aun en diversos y contrarios animales suele causar amor, como podríamos decir de algunos que hemos visto y de otros que hemos oído. Pues en aquellos bárbaros no bastaba lo uno ni lo otro, sino que mataban los hijos que habían engendrado y los parientes que habían criado a trueque de comérselos, y lo mismo hacían de los padres, cuando ya no estaban para engendrar, que tampoco les valía el parentesco de afinidad. Hubo nación tan extraña en esta golosina de comer carne humana, que enterraban sus difuntos en sus estómagos, que luego que espiraba el difunto se juntaba la parentela y se lo comían cocido o asado, según le habían quedado las carnes, muchas o pocas: si pocas, cocido; si muchas, asado. Y después juntaban los huesos por sus coyunturas y les hacían las obsequias con gran llanto; enterrábanlos en resquicios de peñas y en huecos de árboles. No tuvieron dioses ni supieron qué cosa era adorar, y hoy se están en lo mismo. Esto de comer carne humana más lo usaron los indios de tierras calientes que los de tierras frías.

En las tierras estériles y frías, donde no daba la tierra de suyo frutas, raíces y hierbas, sembraban el maíz y otras legumbres, forzados de la necesidad, y esto hacían sin tiempo ni sazón. Aprovechábanse de la caza y de la pesca con la misma rusticidad que en las demás cosas tenían.

CAPÍTULO XV

El origen de los Incas reyes del Perú

Viviendo o muriendo aquellas gentes de la manera que hemos visto, permitió Dios Nuestro Señor que de ellos mismos saliese un lucero del alba que en aquellas oscurísimas tinieblas les diese alguna noticia de la ley natural y de la urbanidad y respetos que los hombres debían tenerse unos a otros, y que los descendientes de aquel, procediendo de bien en mejor, cultivasen aquellas fieras y las convirtiesen en hombres, haciéndoles capaces de razón y de cualquiera buena doctrina; para que cuando ese mismo Dios, sol de justicia, tuviese por bien de enviar la luz de sus divinos rayos a aquellos idólatras, los hallase no tan salvajes, sino más dóciles para recibir la fe católica y la enseñanza y doctrina de nuestra Santa Madre Iglesia Romana, como después acá lo han recibido, según se verá lo uno y lo otro en el discurso de esta historia. Que por experiencia muy clara se ha notado cuánto más prontos y ágiles estaban para recibir el Evangelio los indios que los reyes Incas sujetaron, gobernaron y enseñaron, que no las demás naciones comarcanas, donde aún no había llegado la enseñanza de los Incas, muchas de las cuales se están hoy tan bárbaras y brutas como antes se estaban, con haber setenta y un años que los españoles entraron en el Perú. Y pues estamos a la puerta de este gran laberinto, será bien pasemos adelante a dar noticia de lo que en él había.

Después de haber dado muchas trazas y tomado muchos caminos para entrar a dar cuenta del origen y principio de los

Incas reyes naturales que fueron del Perú, me pareció que la mejor traza y el camino más fácil y llano era contar lo que en mis niñeces oí muchas veces a mi madre y a sus hermanos y tíos y a otros sus mayores acerca de este origen y principio, porque todo lo que por otras vías se dice de él viene a reducirse en lo mismo que nosotros diremos, y será mejor que se sepa por las propias palabras que los Incas lo cuentan que no por las de otros autores extraños. Es así que, residiendo mi madre en el Cozco, su patria, venían a visitarla casi cada semana los pocos parientes y parientas que de las crueldades y tiranías de Atahualpa (como en su vida contaremos) escaparon, en las cuales visitas siempre sus más ordinarias pláticas eran tratar del origen de sus reyes, de la majestad de ellos, de la grandeza de su Imperio, de sus conquistas y hazañas, del gobierno que en paz y en guerra tenían, de las leyes que tan en provecho y favor de sus vasallos ordenaban. En suma, no dejaban cosa de las prósperas que entre ellos hubiese acaecido que no la trajesen a cuenta.

De las grandezas y prosperidades pasadas venían a las cosas presentes, lloraban sus reyes muertos, enajenado su Imperio y acababa su república, etc. Estas y otras semejantes pláticas tenían los Incas y *Pallas* en sus visitas, y con la memoria del bien perdido siempre acababan su conversación en lágrimas y llanto, diciendo «Trocósenos el reinar en vasallaje». Etc. En estas pláticas yo, como muchacho, entraba y salía muchas veces donde ellos estaban, y me holgaba de las oír, como huelgan los tales de oír fábulas. Pasando pues días, meses y años, siendo ya yo de diez y seis o diez y siete años, acaeció que, estando mis parientes un día en esta su conversación hablando de sus reyes y antiguallas, al más anciano de ellos, que era el que daba cuenta de ellas, le dije:

- Inca, tío, pues no hay escritura entre vosotros, que es la que guarda la memoria de las cosas pasadas ¿qué noticia tenéis del origen y principio de nuestros reyes? Porque allá los españoles y las otras naciones sus comarcanas, como tienen historias divinas y humanas, saben por ellas cuándo

empezaron a reinar sus reyes y los ajenos y el trocarse unos imperios en otros, hasta saber cuántos mil años ha que Dios crió el cielo y la tierra, que todo esto y mucho más saben por sus libros. Empero vosotros que carecéis de ellos ¿qué memoria tenéis de vuestras antiguallas?, ¿quién fue el primero de nuestros Incas?, ¿cómo se llamó?, ¿qué origen tuvo su linaje?, ¿de qué manera empezó a reinar?, ¿con qué gente y armas conquistó este grande Imperio?, ¿qué origen tuvieron nuestras hazañas?

El Inca, como que holgándose de haber oído las preguntas, por el gusto que recibía de dar cuenta de ellas, se volvió a mí (que ya otras muchas veces le había oído, mas ninguna con la atención que entonces) y me dijo:

- Sobrino, yo te las diré de muy buena gana; a ti te conviene oír las y guardarlas en el corazón (es frase de ellos por decir en la memoria). Sabrás que en los siglos antiguos toda esta región de tierra que ves eran unos grandes montes y breñales, y las gentes en aquellos tiempos vivían como fieras y animales brutos, sin religión ni policía, sin pueblo ni casa, sin cultivar ni sembrar la tierra, sin vestir ni cubrir sus carnes, porque no sabían labrar algodón ni lana para hacer de vestir; vivían de dos en dos y de tres en tres, como acertaban a juntarse en las cuevas y resquicios de peñas y cavernas de la tierra. Comían, como bestias, hierbas del campo y raíces de árboles y la fruta inculca que ellos daban de suyo, y carne humana. Cubrían sus carnes con hojas y cortezas de árboles y pieles de animales; otros andaban en cueros. En suma, vivían como venados y salvajinas, y aun en las mujeres se habían como los brutos, porque no supieron tenerlas propias y conocidas.

Adviértase, porque no enfade el repetir tantas veces estas palabras «Nuestro Padre el Sol», que era lenguaje de los Incas y manera de veneración y acatamiento decirlas siempre que nom-

braban al Sol, porque se preciaban descender de él, y al que no era Inca no le era lícito tomarlas en la boca, que fuera blasfemia y lo apedrearán. Dijo el Inca:

- Nuestro Padre el Sol, viendo los hombres tales como te he dicho, se apiadó y hubo lástima de ellos y envió del cielo a la tierra un hijo y una hija de los suyos para que los doctrinasen en el conocimiento de Nuestro Padre el Sol, para que lo adorasen y tuviesen por su dios y para que les diesen preceptos y leyes en que viviesen como hombres en razón y urbanidad, para que habitasen en casas y pueblos poblados, supiesen labrar las tierras, cultivar las plantas y mieses, criar los ganados y gozar de ellos y de los frutos de la tierra como hombres racionales y no como bestias. Con esta orden y mandato puso Nuestro Padre el Sol estos dos hijos suyos en la laguna Titicaca, que está ochenta leguas de aquí, y les dijo que fuesen por do quisiesen y, doquiera que parasen a comer o a dormir, procurasen hincar en el suelo una barrilla de oro de media vara en largo y dos dedos en grueso que les dio para señal y muestra, que donde aquella barra se les hundiese con un solo golpe que con ella diesen en tierra, allí quería el Sol Nuestro Padre que parasen e hiciesen su asiento y corte. A lo último les dijo: «Cuando hayáis reducido esas gentes a nuestro servicio, los mantendréis en razón y justicia, con piedad, clemencia y mansedumbre, haciendo en todo oficio de padre piadoso para con sus hijos tiernos y amados, a imitación y semejanza mía, que a todo el mundo hago bien, que les doy mi luz y claridad para que vean y hagan sus haciendas y les caliento cuando han frío y crío sus pastos y sementeras, hago fructificar sus árboles y multiplico sus ganados, lluevo y sereno a sus tiempos y tengo cuidado de dar una vuelta cada día al mundo por ver las necesidades que en la tierra se ofrecen, para las proveer y socorrer como sustentador y bienhechor de las gentes. Quiero que vosotros imitéis este ejemplo

como hijos míos, enviados a la tierra sólo para la doctrina y beneficio de esos hombres, que viven cómo bestias. Y desde luego os constituyo y nombro por reyes y señores de todas las gentes que así doctrináredes con vuestras buenas razones, obras y gobierno». Habiendo declarado su voluntad Nuestro Padre el Sol a sus dos hijos, los despidió de sí. Ellos salieron de Títicaca y caminaron al septentrión, y por todo el camino, doquiera que paraban, tentaban hincar la barra de oro y nunca se les hundió. Así entraron en una venta o dormitorio pequeño, que está siete u ocho leguas al mediodía de esta ciudad, que hoy llaman Pacaritambo, que quiere decir venta o dormida que amanece. Púsole este nombre el Inca porque salió de aquella dormida al tiempo que amanecía. Es uno de los pueblos que este príncipe mandó poblar después, y sus moradores se jactan hoy grandemente del nombre, porque lo impuso nuestro Inca. De allí llegaron él y su mujer, nuestra reina, a este valle del Cozco, que entonces todo él estaba hecho montaña brava.

CAPÍTULO XVI

La Fundación del Pozco, ciudad imperial

«La primera parada que en este valle hicieron –dijo el Inca– fue en el cerro llamado Huanacaure, al mediodía de esta ciudad. Allí procuró hincar en tierra la barra de oro, la cual con mucha facilidad se les hundió al primer golpe que dieron con ella, que no la vieron más. Entonces dijo nuestro Inca a su hermana y mujer:

- «En este valle manda Nuestro Padre el Sol que paremos y hagamos nuestro asiento y morada para cumplir su voluntad. Por tanto, reina y hermana, conviene que cada uno por su parte vamos a convocar y atraer esta gente, para los doctrinar y hacer el bien que Nuestro Padre el Sol nos manda».

«Del cerro Huanacaure salieron nuestros primeros reyes, cada uno por su parte, a convocar las gentes, y por ser aquel lugar el primero de que tenemos noticia que hubiesen hollado con sus pies, y por haber salido de allí a bien hacer a los hombres, teníamos hecho en él, como es notorio, un templo para adorar a Nuestro Padre el Sol, en memoria de esta merced y beneficio que hizo al mundo. El príncipe fue al septentrión y la princesa al mediodía. A todos los hombres y mujeres que hallaban por aquellos breñales les hablaban y decían cómo su padre el Sol los había enviado del cielo para que fuesen maestros y bienhechores de los moradores

de toda aquella tierra, sacándoles de la vida ferina que tenían y mostrándoles a vivir como hombres, y que en cumplimiento de lo que el Sol su padre las había mandado, iban a los convocar y sacar de aquellos montes y malezas y reducirlos a morar en pueblos poblados y a darles para comer manjares de hombres y no de bestias. Estas cosas y otras semejantes dijeron nuestros reyes a los primeros salvajes que por estas tierras y montes hallaron, los cuales, viendo aquellas dos personas vestidas y adornadas con los ornamentos que Nuestro Padre el Sol les había dado (hábito muy diferente del que ellos traían) y las orejas horadadas y tan abiertas como sus descendientes las traemos, y que en sus palabras y rostro mostraban ser hijos del Sol y que venían a los hombres para darles pueblos en que viviesen y mantenimientos que comiesen, maravillados por una parte de lo que veían y por otra aficionados de las promesas que les hacían, les dieron entero crédito a todo lo que les dijeron y los adoraron y reverenciaron como a hijos del Sol y obedecieron como a reyes. Y convocándose los mismos salvajes unos a otros y refiriendo las maravillas que habían visto y oído, se juntaron en gran número hombres y mujeres y salieron con nuestros reyes para los seguir donde ellos quisiesen llevarlos.

«Nuestros príncipes, viendo la mucha gente que se les allegaba, dieron orden que unos se ocupasen en proveer de su comida campestre para todos, porque la hambre no los volviese a derramar por los montes; mandó que otros trabajasen en hacer chozas y casas, dando el Inca la traza como las habían de hacer. De esta manera se principió a poblar esta nuestra imperial ciudad, dividida en dos medios, que llamaron Hanan Cozco, que como sabes quiere decir Cozco el alto, y Hurin Cozco, que es Cozco el bajo. Los que atrajo el rey quiso que poblasen a Hanan Cozco, y por eso le llamaron el alto, y los que convocó la reina que poblasen a Hurin Cozco, y por eso le llamaron el bajo. Esta división de ciudad no fue para que los de la una mitad se aventajasen de la otra mitad en exenciones y preminencias, sino que todos fuesen iguales como hermanos, hijos de un padre y de una madre. Sólo quiso el Inca que hubiese esta división de pueblo y diferencia de

nombres, alto y bajo, para que quedase perpetua memoria de que a los unos había convocado el rey y a los otros la reina. Y mandó que entre ellos hubiese sola una diferencia y reconocimiento de superioridad: que los del Cozco alto fuesen respetados y tenidos como primogénitos, hermanos mayores, y los del bajo fuesen como hijos segundos; y en suma, fuesen como el brazo derecho y el izquierdo en cualquiera preminencia de lugar y oficio, por haber sido los del alto atraídos por el varón y los del bajo por la hembra. A semejanza de esto hubo después esta misma división en todos los pueblos grandes o chicos de nuestro Imperio, que los dividieron por barrios o por linajes, diciendo Hanan ayllu y Hurin ayllu, que es el linaje alto y el bajo; Hanan suyo y Hurin suyo, que es el distrito alto y el bajo.

«Juntamente, poblando la ciudad, enseñaba nuestro Inca a los indios varones los oficios pertenecientes a varón, como romper y cultivar la tierra y sembrar las mieses, semillas y legumbres que les mostró que eran de comer y provechosas, para lo cual enseñó a hacer arados y los demás instrumentos necesarios y les dio orden y manera como sacasen acequias de los arroyos que corren por este valle del Cozco, hasta enseñarles a hacer el calzado que traemos. Por otra parte, la reina industriaba a las indias en los oficios mujeriles, a hilar y tejer algodón y lana y hacer de vestir para sí y para sus maridos e hijos: decíales cómo habían de hacer los demás oficios del servicio de casa. En suma, ninguna cosa de las que pertenecen a la vida humana dejaron nuestros príncipes de enseñar a sus primeros vasallos, haciéndose el Inca rey maestro de los varones y la *Coya* Reina maestra de las mujeres».

CAPÍTULO XX

Los Pueblos que mandó poblar el primer Inca

Volviendo al Inca Manco Cápac, decimos que después de haber fundado la ciudad del Cozco, en las dos parcialidades que atrás quedan dichas, mandó fundar otros muchos pueblos. Y es así que al oriente de la ciudad, de la gente que por aquella banda atrajo, en el espacio que hay hasta el río llamado Paucartambo, mandó poblar, a una y a otra banda del camino real de Antisuyo, trece pueblos, y no los nombramos por excusar prolijidad: casi todos o todos son de la nación llamada Poques. Al poniente de la ciudad, en espacio de ocho leguas de largo y nueve o diez de ancho, mandó poblar treinta pueblos que se derraman a una mano y otra del camino real de Contisuyo. Fueron estos pueblos de tres naciones de diferentes apellidos, conviene a saber: Masca, Chilque, Papri. Al norte de la ciudad se poblaron veinte pueblos, de cuatro apellidos que son: Mayu, Zancu, Chinhaipuerto, Rimactampu. Los más de estos pueblos están en el hermoso valle de Jaquijahuana, donde fue la batalla y prisión de Gonzalo Pizarro. El pueblo más alejado de estos está a siete leguas de la ciudad y demás se derraman a una mano y a otra del camino real de Chinchaysuyo. Al mediodía de la ciudad se poblaron treinta y ocho o cuarenta pueblos, los diez y ocho de la nación Ayarmaca, los cuales se derramaban a una mano y a otra del camino real de Collasuyo por espacio de tres leguas de largo, empezando del

paraje de las Salinas , que están una legua pequeña de la ciudad, donde fue la batalla lamentable de Don Diego de Almagro el Viejo y Hernando Pizarro. Los demás pueblos son de gentes de cinco o seis apellidos, que son: Quispicanchis, Muina, Urcos, Quehuar, Huaro, Caviña. Esta nación Caviña se preciaba, en su vana creencia, que sus primeros padres habían salido de una laguna, adonde decían que volvían las ánimas de los que morían, y que de allí volvían a salir y entraban en los cuerpos de los que nacían. Tuvieron un ídolo de espantable figura a quien hacían sacrificios muy bárbaros. El Inca Manco Cápac les quitó los sacrificios y el ídolo, y les mandó adorar al Sol, como a los demás sus vasallos.

Estos pueblos, que fueron más de ciento, en aquellos principio fueron pequeños, que los mayores no pasaban de cien casas y los menores eran de a veinte y cinco y treinta. Después, por los favores y privilegios que el mismo Manco Cápac les dio, como luego diremos, crecieron en gran número, que muchos de ellos llegaron a tener mil vecinos y los menores a trescientos y a cuatrocientos. Después, mucho más adelante, por los mismos privilegios y favores que el primer inca y sus descendientes les habían hecho, los destruyó el gran tirano Atahualpa, a unos más y a otros menos, y a muchos de ellos asoló del todo. Ahora, en nuestros tiempos, de poco más de veinte años a esta parte, aquellos pueblos que el Inca Manco Cápac mandó poblar, y casi todos los demás que en el Perú había, no están en sus sitios antiguos sino en otros muy diferentes, porque un visorrey, como se dirá en su lugar, los hizo reducir a pueblos grandes, juntando cinco y seis en uno y siete y ocho en otro y más y menos, como acertaban a ser los poblezuelos que se reducían, de lo cual resultaron muchos inconvenientes, que por ser odiosos se dejan de decir.

CAPÍTULO XXI

La enseñanza que el Inca hacía a sus vasallos

El inca Manco Cápac, yendo poblando sus pueblos juntamente con enseñar a cultivar la tierra a sus vasallos y labrar las casas y sacar acequias y hacer las demás cosas necesarias para la vida humana, les iba instruyendo en la urbanidad, compañía y hermandad que unos a otros se habían de hacer, conforme a lo que la razón y ley natural les enseñaba, persuadiéndoles con mucha eficacia que, para que entre ellos hubiese perpetua paz y concordia y no naciesen enojos y pasiones, hiciesen con todos lo que quisieran que todos hicieran con ellos, porque no se permitía querer una ley para sí y otra para los otros. Particularmente les mandó que se respetasen unos a otros en las mujeres e hijas, porque esto de las mujeres andaba entre ellos más bárbaro que otro vicio alguno. Puso pena de muerte a los adúlteros y a los homicidas y ladrones. Mandóles que no tuviesen más de una mujer y que se casasen dentro en su parentela porque no se confundiesen los linajes, y que se casasen de veinte años arriba, porque pudiesen gobernar sus casas y trabajar en sus haciendas. Mandó recoger el ganado manso que andaba por el campo sin dueño, de cuya lana los vistió a todos mediante la industria y enseñanza que la reina Mama Ocllo Huaco había dado a las indias en hilar y tejer. Enseñóles a hacer el calzado que hoy traen, llamado *ojota*. Para cada pueblo o nación de las que redujo eligió un *curaca*, que es lo

mismo que *cacique* en la lengua de Cuba y Santo Domingo, que quiere decir señor de vasallos. Eligiólos por sus méritos, los que habían trabajado más en la reducción de los indios, mostrándose más afables, mansos y piadosos, más amigos del bien común, a los cuales constituyó por señores de los demás, para que los doctrinasen como padres a hijos. A los indios mandó que los obedeciesen como hijos a padres.

Mandó que los frutos que en cada pueblo se cogían se guardasen en junto para dar a cada uno lo que hubiese menester, hasta que hubiese disposición de dar tierras a cada indio en particular. Juntamente con estos preceptos y ordenanzas, les enseñaba el culto divino de su idolatría. Señaló sitio para hacer templo al Sol, donde le sacrificasen, persuadiéndoles que lo tuviesen por principal dios, a quien adorasen y rindiesen las gracias de los beneficios naturales que les hacía con su luz y calor, pues veían que les producía sus campos y multiplicaba sus ganados, con las demás mercedes que cada día recibían. Y que particularmente debían adoración y servicio al Sol y a la Luna, por haberles enviado dos hijos suyos, que, sacándolos de la vida ferina que hasta entonces habían tenido, los hubiesen reducido a la humana que al presente tenían. Mandó que hiciesen casa de mujeres para el Sol, cuando hubiese bastante número de mujeres de la sangre real para poblar la casa. Todo lo cual les mandó que guardasen y cumpliesen como gente agradecida a los beneficios que habían recibido, pues no los podían negar. Y que de parte de su padre el Sol les prometía otros muchos bienes si así lo hiciesen, y que tuviesen por muy cierto que no decía él aquellas cosas de suyo, sino que el Sol se las revelaba y mandaba que de su parte las dijese a los indios; el cual, como padre, le guiaba y adiestraba en todos sus hechos y dichos. Los indios, con la simplicidad que entonces y siempre tuvieron hasta nuestros tiempos, creyeron todo lo que el Inca les dijo, principalmente el decirles que era hijo del Sol, porque también entre ellos hay naciones que se jactan descender de semejantes fábulas, como adelante diremos, aunque no supieron escoger tan bien como el Inca, porque se precian de animales y

cosas bajas y terrestres. Cotejando los indios entonces y después sus descendencias con la del Inca, y viendo que los beneficios que les había hecho lo testificaban, creyeron firmísimamente que era hijo del Sol, y le prometieron guardar y cumplir lo que les mandaba, y en suma le adoraron por hijo del Sol, confesando que ningún hombre humano pudiera haber hecho con ellos lo que él, y que así creían que era hombre divino, venido del cielo.



LIBRO SEGUNDO
DE LOS
COMENTARIOS REALES
DE LOS INCAS

CAPÍTULO II

Rastrearon los Incas al verdadero Dios Nuestro Señor

Demás de adorar al Sol por dios visible, a quien ofrecieron sacrificios e hicieron grandes fiestas (como en otro lugar diremos), los reyes Incas y sus amautas, que eran los filósofos, rastrearon con lumbré natural al verdadero sumo Dios y Señor Nuestro, que crió el cielo y la tierra, como adelante veremos en los argumentos y sentencias que algunos de ellos dijeron de la Divina Majestad, al cual llamaron Pachacámac: es nombre compuesto de *Pacha*, que es mundo universo, y de *Cámac*, participio de presente del verbo *cama*, que es animar, el cual verbo se deduce del nombre *cama*, que es ánima. Pachacámac quiere decir el que da ánima al mundo universo, y en toda su propia y entera significación quiere decir el que hace con el universo lo que el ánima con el cuerpo. Pedro de Cieza, capítulo setenta y dos, dice así: «El nombre de este demonio quería decir hacedor del mundo, porque *Cama* quiere decir hacedor y *Pacha*, mundo, etc». Por ser español no sabía la lengua tan bien como yo, que soy indio Inca. Tenían este nombre en tan gran veneración que no le osaban tomar en la boca, y cuando les era forzoso tomarlo, era haciendo afectos y muestras de mucho acatamiento, encogiendo los hombros, inclinando la cabeza y todo el cuerpo, alzando los ojos al cielo y bajándolos al suelo, levantando las manos abiertas en derecho de los hombros, dando besos al aire, que entre los Incas y sus

vasallos eran ostentaciones de suma adoración y reverencia, con las cuales demostraciones nombraban al Pachacámac y adoraban al Sol y reverenciaban al rey, y no más. Pero esto también era por sus grados más y menos: a los de la sangre real acataban con parte de estas ceremonias, y a los otros superiores, como eran los caciques, con otras muy diferentes e inferiores.

Tuvieron al Pachacámac en mayor veneración interior que al Sol, que, como he dicho, no osaban tomar su nombre en la boca, y al Sol le nombran a cada paso. Preguntado quién era el Pachacámac, decían que era el que daba vida al universo y le sustentaba, pero que no le conocían porque no le había visto, y que por esto no le hacían templos ni le ofrecían sacrificios, mas que lo adoraban en su corazón (esto es, mentalmente) y le tenían por dios no conocido. Agustín de Zárate, libro segundo, capítulo quinto, escribiendo lo que el Padre Fray Vicente de Valverde dijo al rey Atahualpa, que Cristo Nuestro Señor había criado el mundo, dice que respondió el Inca que él no sabía nada de aquello, ni que nadie criase nada sino el Sol, a quien ellos tenían por dios y a la tierra por madre y a sus *huacas*; y que Pachacámac lo había creado todo lo que allí había, etc. De donde consta claro que aquellos indios le tenían por hacedor de todas las cosas.

Esta verdad que voy diciendo, que los indios rastrearon con este nombre y se lo dieron al verdadero Dios nuestro, la testificó el demonio, mal que le pesó, aunque en su favor, como padre de mentiras, diciendo verdad disfrazada con mentira o mentira disfrazada con verdad. Que luego que vio predicar nuestro Santo Evangelio y vio que se bautizaban los indios, dijo a algunos familiares suyos, en el valle que hoy llaman Pachacámac (por el famoso templo que allí edificaron a este Dios no conocido), que el Dios que los españoles predicaban y él era todo uno, como lo escribe Pedro de Cieza de León en la *Demarcación del Perú*, capítulo setenta y dos. Y el reverendo Padre Fray Jerónimo Román, en la *República de las Indias Occidentales*, Libro primero, capítulo quinto, dice lo mismo, hablando ambos de este mismo Pachacámac, aunque por no saber

la propia significación del vocablo se lo atribuyeron al demonio. El cual, en decir que el Dios de los cristianos y el Pachacámac era todo uno, dijo verdad, porque la intención de aquellos indios fue dar este nombre al sumo Dios, que da vida y ser al universo, como lo significa el mismo nombre. Y en decir que él era el Pachacámac mintió, porque la intención de los indios nunca fue dar este nombre al demonio, que no le llamaron sino *Zúpay*, que quiere decir diablo, y para nombrarle escupían primero en señal de maldición y abominación; y al Pachacámac nombraban con la adoración y demostraciones que hemos dicho. Empero, como este enemigo tenía tanto poder entre aquellos infieles, hacía Dios, entrándose en todo aquello que los indios veneraban y acataban por cosa sagrada. Hablaba en sus oráculos y templos y en los rincones de sus casas y en otras partes, diciéndoles que era el Pachacámac y que era todas las demás cosas a que los indios atribuían deidad, y por este engaño adoraban aquellas cosas en que el demonio les hablaba, pensando que era la deidad que ellos imaginaban, que si entendieran que era el demonio las quemaran entonces como ahora lo hacen, por la misericordia del Señor que quiso comunicárseles.

Los indios no saben de suyo o no osan dar la relación de estas cosas con la propia significación y declaración de los vocablos, viendo que los cristianos españoles las abominan todas por cosas del demonio, y los españoles tampoco advierten en pedir la noticia de ellas con llaneza, antes las confirman por cosas diabólicas como las imaginan. Y también lo causa el no saber de fundamento la lengua general de los Incas para ver y entender la deducción y composición y propia significación de las semejantes dicciones. Y por esto en sus historias dan otro nombre a Dios, que es Tici Viracocha, que yo no sé qué signifique ni ellos tampoco. Éste es el nombre Pachacámac, que los historiadores españoles tanto abominan por no entender la significación del vocablo. Y por otra parte tienen razón, porque el demonio hablaba en aquel riquísimo templo haciéndose Dios debajo de este nombre, tomándolo para sí. Pero si a mí, que soy indio cristiano católico, por la infinita misericordia, me preguntasen ahora: «¿Cómo se llama Dios en tu

lengua?», diría «Pachacámac», porque en aquel general lenguaje del Perú no hay otro nombre para nombrar a Dios sino éste, y todos los demás que los historiadores dicen son generalmente impropios, porque o no son del general lenguaje o son corruptos con el lenguaje de algunas provincias particulares o nuevamente compuestos por los españoles, y aunque algunos de los nuevamente compuestos pueden pasar conforme a la significación española, como el *Pachayacháhec*, que quieren que diga hacedor del cielo, significando enseñador del mundo —que para decir hacedor había de decir *Pacharúrac*, porque *rura* quiere decir hacer—, aquel general lenguaje los admite mal porque no son suyos naturales, sino advenedizos, y también porque en realidad de verdad en parte bajan a Dios de la alteza y majestad donde le sube y encumbra este nombre Pachacámac, que es el suyo propio. Y para que se entienda lo que vamos diciendo es de saber que el verbo *yacha* significa aprender, y añadiéndole esta sílaba *chi* significa enseñar; y el verbo *rura* significa hacer y con la *chi* quiere decir hacer que hagan o mandar que hagan, y lo mismo es de todos los demás verbos que quieran imaginar. Y así como aquellos indios no tuvieron atención a cosas especulativas, sino a cosas materiales, así estos sus verbos no significan enseñar cosas espirituales ni hacer obras grandiosas y divinas, como hacer el mundo, etc., sino que significan hacer y enseñar artes y oficios bajos y mecánicos, obras que pertenecen a los hombres y no a la divinidad. De toda la cual materialidad está muy ajena la significación del nombre Pachacámac, que, como se ha dicho, quiere decir el que hace con el mundo universo lo que el alma con el cuerpo, que es darle ser, vida, aumento y sustento, etc. Por lo cual consta claro la impropiedad de los nombres nuevamente compuestos para dárselos a Dios (si han de hablar en la propia significación de aquel lenguaje) por la bajeza de sus significaciones; pero puédesse esperar que con el uso se vayan cultivando y recibiendo mejor. Y adviertan los componedores a no trocar la significación del nombre o verbo en la composición, que importa mucho para que los indios los admitan bien y no hagan burla de ellos, principalmente en la enseñanza de la doctrina cristiana, para la cual se deben componer, pero con mucha atención.

CAPÍTULO V

De otras muchas cosas que el nombre Huaca significa

Esta misma dicción *huaca*, pronunciada la última sílaba en lo más interior de la garganta, se hace verbo: quiere decir llorar. Por lo cual dos historiadores españoles, que no supieron esta diferencia, dijeron: los indios entran llorando y guayando en sus templos a sus sacrificios, que *huaca* eso quiere decir; habiendo tanta diferencia de este significado llorar a los otros, y siendo el uno verbo y el otro nombre. Verdad es que la diferente significación consiste solamente en la diferente pronunciación, sin mudar letra ni acento, que la última sílaba de la una dicción se pronuncia en lo alto del paladar y la de la otra en lo interior de la garganta¹. De la cual pronunciación y de todas las demás que aquel lenguaje tiene, no hacen caso alguno los españoles, por curiosos que sean (con importarles tanto el saberlas), porque no las tiene el lenguaje español. Verase el descuido de ellos por lo que me pasó con un religioso dominico que en el Perú había sido cuatro años catedrático de la lengua general de aquel Imperio, el cual, por saber que yo

¹ En las anotaciones manuscritas puestas por el Inca Garcilazo al ejemplar que el poseyó de la Historia de Gómara / Zaragoza 1555), anticipa esta aclaración sobre las diferentes significaciones de la palabra Huaca. En el folio LI v. se lee –aunque truncada la frase por la encuadernación–: «...abe lo q se di...n la exposi... del vocablo...nfunde dos...ablos de di...sas signifnes...o se decla...a en na...ha del Perú» Y en el folio LVI se explica –todavía con la forma guaca, en vez de huaca como iba a escribir posteriormente–: «...entender bien la pronunciación de la lengua, y por ella la significación de muchos vocablos de la lengua... Ingas Reyes del Piru madauan hablar en todo su Imp. Escribe cosas muy agenas de la significación del vo...blo que expone y por tanto muy lejos de la verdad, como es en la significación de estos nes. guacha, o guaca,

era natural de aquella tierra, me comunicó y yo le visité muchas veces en San Pablo de Córdoba². Acaeció que un día, hablando de aquel lenguaje y de las muchas y diferentes significaciones que unos mismos vocablos tienen, di por ejemplo este nombre *Pacha*, que, pronunciado llanamente, como suenan las letras españolas, quiere decir mundo universo, y, también significa el cielo y la tierra y el infierno y cualquiera suelo. Dijo entonces el fraile: «Pues también significa ropa de vestir y el ajuar y muebles de casa». Yo dije: «Es verdad, pero dígame Vuestra Paternidad ¿qué diferencia hay en la pronunciación para que signifique eso». Díjome: «No la sé». Respondíle: «¿Habiendo sido maestro en la lengua ignora esto? Pues sepa que para que signifique ajuar o ropa de vestir han de pronunciar la primera sílaba apretando los labios y rompiéndolos con el aire de la voz, de manera que suene el romperlos». Y le mostré la pronunciación de este nombre y de otros *viva voce*, que de otra manera no se puede enseñar. De lo cual el catedrático y los demás religiosos que se hallaron a la plática se admiraron mucho. En lo que se ha dicho se ve largamente cuánto ignoren los españoles los secretos de aquella lengua pues este religioso, con haber sido maestro de ella, no los sabía, por do vienen a escribir muchos yerros, interpretándola mal, como decir que los Incas y sus vasallos adoraban por dioses todas aquellas cosas que llaman *huaca*, no sabiendo las diversas significaciones que tiene. Y esto baste de la idolatría y dioses de los Incas. En la cual idolatría y en la que antes de ellos hubo, son mucho de

para lo qal, es de saber que aunque, en las letras parecen uno mismo difieren en la pronunciación y por ella en ...significación; qe, el un ne. q' significa Idolo se pronuncia la postrera sílaba hiriendo con la lengua en...paladar q'...q' no tenem... tras en la len...española co...hazer las t...pronunciaciones me pareció compararlas a las... hazen la urraca y el cuervo en sus graznidos: q' la urraca pronuncia afuera en el paladar; y el cuervo dentro en las fauc.. pues pronunciando como la urraca sina, ydolo, y pronunciando como el cuervo significa... rar, ay n... q' del ne, c...los Indios del Piru nomb...al Idolo, ...puede de...zir el v... idolatría que. es ne. p...para tod... dioses... como el otro... para lla...a Dios... y esto de... pronun...ones no...puede... entender bien sino es viva voce, y aun ha de ser po indilio (sic) nat...del Cuzco elegante y curioso en su lengua general, y Dios no de su gra. Y algunos d...vida. para q' con su...vor enmendemos muchos yerros q' ay en esta historia, princip... en las c...bres de I...naturales... tierra y ...res della». El ejemplar de Gómara, con abundantes notas marginales desgraciadamente cortadas por la encuadernación, se conserva en la Biblioteca Nacional de Lima).

2 Referencia posible a Fray Domingo de Santo Tomás, a quien el Inca pudo encontrar a su llegada a España y en cuyo Lexicon o Vocabulario de la lengua general del Perú (Valladolid, 1560) aparece «pacha» con el significado de: «ábito, vestidura».

estimar aquellos indios, así los de la segunda edad como los de la primera, que en tanta diversidad y tanta burlería de dioses como tuvieron no adoraron los deleites ni los vicios, como los de la antigua gentilidad del mundo viejo, que adoraban a los que ellos confesaban por adúlteros, homicidas, borrachos, y sobre todo al Príapo, con ser gente que presumía tanto de sus letras y saber, y esta otra tan ajena de toda buena enseñanza.

El ídolo Tangatanga, que un autor dice que adoraban en Chuquisaca y que los indios decían que en uno eran tres y en tres uno, yo no tuve noticia de tal ídolo, ni en el general lenguaje del Perú hay tal dicción. Quizá es del particular lenguaje de aquella provincia, la cual está ciento y ochenta leguas del Cozco. Sospecho que el nombre está corrupto porque los españoles corrompen todos los más que toman en la boca, y que ha de decir *Acatanca*; quiere decir escarabajo, nombre con mucha propiedad compuesto de este nombre *aca*, que es estiércol, y de este verbo *tanca* (pronunciada la última sílaba en lo interior de la garganta), que es empujar. *Acatanca* quiere decir el que empuja el estiércol.

Que en Chuquisaca, en aquella primera edad y antigua gentilidad, antes del Imperio de los reyes Incas, lo adorasen por dios, no me espantaría, porque, como queda dicho, entonces adoraban otras cosas tan viles; mas no después de los Incas, que las prohibieron todas. Que digan los indios que en uno eran tres y en tres uno, es invención nueva de ellos, que la han hecho después que han oído la Trinidad y unidad del verdadero Dios Nuestro Señor, para adular a los españoles con decirles que también ellos tenían algunas cosas semejantes a las de nuestra santa religión, como ésta y la Trinidad que el mismo autor dice que daban al Sol y al rayo, y que tenían confesores y que confesaban sus pecados como los cristianos. Todo lo cual es inventado por los indios con pretensión de que siquiera por semejanza se les haga alguna cortesía. Esto afirmo como indio, que conozco la natural condición de los indios. y digo que no tuvieron ídolos con nombre de Trinidad, y aunque el general lenguaje del Perú, por ser tan

corto de vocablos, comprende en junto con solo un vocablo tres y cuatro cosas diferentes, como el nombre *illapa*, que comprende el relámpago, trueno y rayo, y este nombre *maqui*, que es mano, comprende la mano y la tabla del brazo y el molledo —lo mismo es del nombre *chaqui*, que, pronunciado llanamente, como letras castellanas, quiere decir pie, comprende el pie y la pierna y el muslo, y por el semejante otros muchos nombres que pudiéramos traer a cuenta—, mas no por eso adoraron ídolos con nombre de Trinidad, ni tuvieron tal nombre en su lenguaje, como adelante veremos. Si el demonio pretendía hacerse adorar debajo de tal nombre, no me espantaré, que todo lo podía con aquellos infieles idólatras, tan alejados de la cristiana verdad. Yo cuento llanamente lo que entonces tuvieron aquellos gentiles en su vana religión. Decimos también que el mismo nombre *chaqui*, pronunciada la primera sílaba en lo alto del paladar, se hace verbo y significa haber sed o estar seco o enjugarse cualquiera cosa mojada, que también son tres significaciones en una palabra.